

## LIBROS

### Sevilla: Un premio municipal y la Historia por hacer

Cuando, liberándolo del estricto olvido a que su ciudad natal le tiene sometido, el Secretariado de Publicaciones de la Universidad reeditaba su «Orto y ocaso de Sevilla», don Antonio Domínguez Ortiz comentó:

—No, la historia económica y social de Sevilla está por hacer... Aunque está en buenas manos. Hay una serie de jóvenes investigadores universitarios que podrá sacarla adelante.

Parece que las palabras de don Antonio hubieran sido una profecía. Porque a los pocos días de ser pronunciadas, el premio municipal Ciudad de Sevilla, dotado con doscientas mil pesetas, ha sido para un joven profesor de la Facultad de Letras, Alfonso Braojos, que se había presentado con algo tan poco corriente como una tesis doctoral a la alemana: casi mil folios sobre «Don José Manuel de Arjona, asistente de Sevilla», una aportación fundamental para el conocimiento de la Sevilla de Fernando VII.

—También creo, don Domínguez Ortiz —dijo Braojos—, que la historia de Sevilla está por hacer. O, mejor dicho, por rehacer bajo un criterio científico, aprovechando el enorme valor documental de los archivos. La historia de Sevilla se ha hecho hasta ahora por autodidactas y aficionados, que se han limitado a copiar a Guichot, a González de León, a Morgado... cuando tenían los archivos sin que nadie se hubiera metido en ellos.

En los últimos años,

esta nueva generación de historiadores de Sevilla, de Andalucía, está en marcha. A vuelamáquina, pidiendo perdón por los olvidos no intencionados, uno recuerda los trabajos de Antonio Miguel Bernal sobre la estructura agraria, los de Alfonso Lazo sobre la desamortización, los de Víctor Pérez Escolano sobre la arquitectura contemporánea, los de Albeto Villar sobre el modernismo en el Sur, los de Alvarez Santaló y Romero de Solís sobre demografía, los de Isidoro Moreno sobre antropología de las cofradías, los de Rodríguez Becerra sobre etnografía de la vivienda, los de Lebón sobre hacienda municipal, los de Cuenca sobre Iglesia y Estado en el siglo XIX...

En el premio Ciudad de Sevilla mismo ha sido claro el enfrentamiento de la vieja y la nueva escuela. Días antes del fallo se creía que el premio iba a ser para don Florentino Pérez Embid, por su trabajo sobre «La frontera entre los reinos de Sevilla y Portugal». Sevilla tenía mucho que agradecer a don Florentino, que la distinguió especialmente con restauraciones e iluminaciones durante su paso por la Dirección General de Bellas Artes, y a algunas mentes municipales le parecía poco la Medalla

de la Ciudad, que se le concedió en su día. Incluso afirman quienes se conocen el Ayuntamiento por dentro que el mismo día que llegó la obra de Pérez Embid fue enviada directamente a la imprenta municipal...

Pero surgieron pegas. No se encontraba un académico de la Real Española que quisiera venir a ser jurado, nadie sabe por qué. El premio, que debería haberse fallado el 23 de noviembre, aniversario de la Reconquista fernandina, se demoraba... Mientras, don Florentino Pérez Embid corría pruebas de su obra. Pero llegó su muerte, una muerte que todos los amantes de Sevilla lamentamos. ¿Ganar después de morir?, era la incógnita del Ciudad de Sevilla.

Como siempre, hubo una solución salomónica. Al libro de don Florentino se le dio un premio de honor. Y el efectivo, a Braojos. Lo más bueno del caso es que el Ayuntamiento, a través de una larga nota de prensa, ha tratado de puntualizar lo que estaba clarísimo. «Se acordó por unanimidad —dice la nota municipal— retirar de las votaciones la obra de don Florentino Pérez Embid, a fin de insertarla entre la relación de obras galardonadas con el premio con distinción de honor.

El señor Pérez Embid —añade la nota—, en alguna ocasión había indicado que, de existir jóvenes valores en la investigación con alguna obra al premio Ciudad de Sevilla, y que, a juicio del jurado, merecieran por su calidad esta distinción, él retiraría su libro de las votaciones, limitándose a ofrecerlo al Ayuntamiento para su publicación.

Por lo visto, los jóvenes valores existían. Aparte de la obra de Braojos, estaba «La hacienda del municipio de Sevilla», de Camilo Lebón (a quien se otorgó una mención honorífica); «Las blancas de la carne en Sevilla», de José Díaz de Noriega; «Luisa Roldán, escultora de cámara», de María Victoria García Olloqui, y «Novelistas de Sevilla: de la generación del 36 a la nueva ola», de Juan de Dios Ruiz-Copete.

La historia, ya no de autodidactas ni de aficionados, está en marcha. Claro, que hay muchas otras historias, como la de la entidad que se ha negado a patrocinar una obra que sería crucial para el conocimiento científico de un aspecto fundamental de Andalucía: «La Sevilla de la Exposición». En 1979 hará cincuenta años de la Exposición, y un equipo de investigadores quería hacer el examen de lo que el certamen ibero-

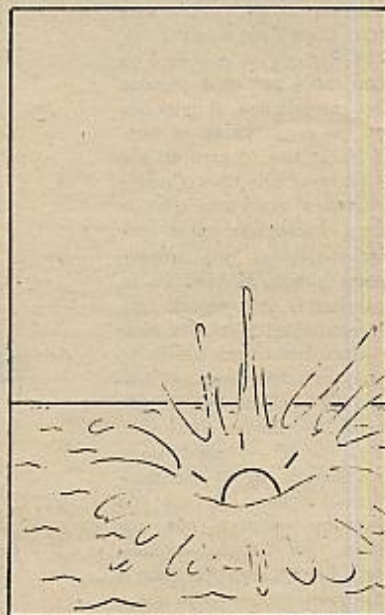
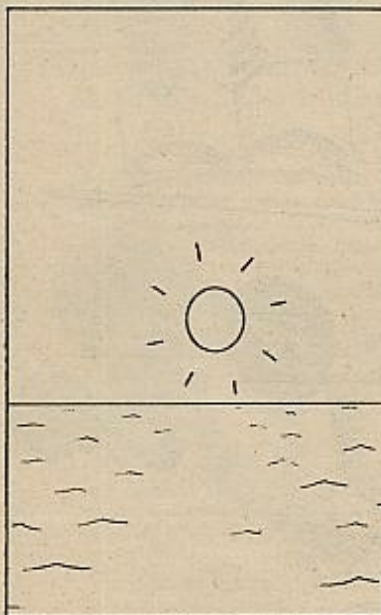
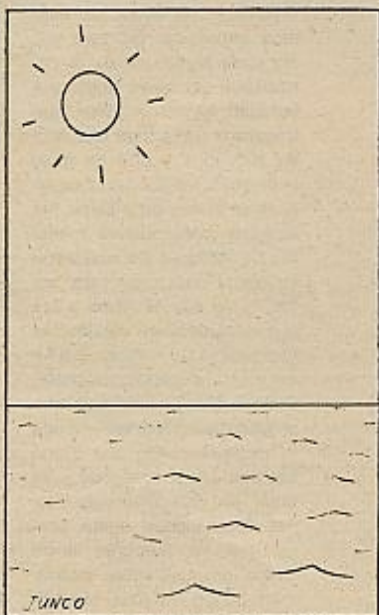
americano significó para el Sur en lo político, lo cultural, lo económico, lo social, lo demográfico... Aunque se hace la historia, nadie la edita, o casi nadie. Quizá, para que no pueda comprobarse lo poco que se ha hecho en Sevilla después de la Exposición.

■ ANTONIO BURGOS.

### Tuñón de Lara: «La España del siglo XX»

Al presentar en 1973 la segunda edición de *La España del siglo XX*, publicada por la Librería Española de París, Tuñón de Lara hacía notar la necesidad de una revisión de una obra, vieja de siete años, y las razones que le habían inclinado a no introducir sino modificaciones menores sobre la redacción original del año 1966. El continuo trabajo de investigación del autor y la acumulación de una bibliografía innovadora, de una parte, eran otros tantos argumentos favorables a una modernización del texto, que inevitablemente, entrañaría cambios cualitativos respecto a la estructura interna de la obra: «¿Qué hacer? Este libro ha sido concebido como una triple proyección: como obra de síntesis divulgadora que forzo-

samente debe tomar el aspecto de Historia-relato, como instrumento de trabajo para estudiantes y estudiosos de la Historia contemporánea y para hispanistas de diversos países europeos, y, en fin, dado que su temática dista mucho de haber sido completamente investigada... hemos pensado que no era posible cambiar la arquitectura del libro, basada en esa triple orientación, a menos de escribir un nuevo libro sobre el mismo tema; esta última solución hubiera tenido el inconveniente de hacer más árida la lectura, y por ello la hemos desechado...». Acertadamente, aplica Tuñón de Lara en este caso a su producción la norma de que todo libro tiene su fecha, tanto por el nivel de documentación empleada, como por la posición metodológica del propio autor, y que, en consecuencia, en muchas ocasiones, introducir cambios fundamentales en una obra implica su destrucción. Hasta cierto punto, es lo que sucede con *La España del siglo XIX* y con *La España del siglo XX*, que ahora vemos publicada por vez primera en nuestro país. Son libros irrepetibles, que corresponden a unas coordenadas de penuria historiográfica interior, cierre administrativo sobre multitud de temas con-





Tuñón de Lara.

temporáneos y dificultades en el trabajo concreto de un autor cortado del acceso directo a muchas fuentes. Las «dos Españas» de Tuñón consiguieron en los años sesenta mostrar que había otra Historia de España, no sólo por la intencionalidad política del escritor, sino por emplear otros métodos (aproximación a la historia económica y a la sociología política) que, sobre el fondo de la Historia-relato tradicional, presentaran un contenido más complejo y, en definitiva, explicativo de unos cambios sociales que los habitantes del conjunto español tenían ante sí exclusivamente a través del precipitado final. La imaginación del historiador jugaba también como factor positivo al lado de una redacción ágil, que daba a los capítulos descriptivos de la coyuntura política el aire de una buena crónica periodística. Especialmente para *La España del siglo XX*, donde el examen de la base documental se fundía crecientemente con los recuerdos y vivencias del autor durante la República y la guerra civil.

Las afirmaciones anteriores no implican que en el trabajo de Tuñón de Lara estuviese ausente la exigencia de rigor propia del trabajo historiográfico. Pero sí que, especialmente a partir

de los nuevos enfoques por él adoptados desde *Historia y realidad del poder*, la conformación de sus dos síntesis sobre la España contemporánea había de variar sensiblemente. Por otra parte, y a pesar de la notable elevación de nuestro nivel de conocimiento, sobre los decenios cubiertos por Tuñón de Lara en *La España del siglo XX* persistía en gran medida el valor de las interpretaciones iniciales y su importancia a la vista de otras síntesis posteriores.

El azar ha querido que, casi al mismo tiempo que *La España del siglo XX* (tres volúmenes, Laia, Barcelona), viera la luz otro libro del profesor de Pau, vinculado asimismo a un trabajo suyo anterior. El estudio que acaba de publicar Edicusa, *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, representa una ampliación de los capítulos que sobre la crisis del año 98 incluía su *Medio siglo de cultura española*. Es un intento de explicar la crisis finisecular como un punto de inflexión ideológico, que, sin embargo, no va acompañada de transformaciones en la estructura socio-económica o en el régimen político. La pérdida de las colonias supondría el fin de la hegemonía

ideológica del bloque en el poder consolidado desde 1875. Tuñón de Lara aporta nueva luz a la interpretación del Unamuno de los noventa, tendiendo a cuestionar la posibilidad de estimarle como pensador marxista, siquiera temporalmente. Y en cuanto a Costa, surge casi como «pensador orgánico» frente al seudoliberalismo canovista, rechazándose asimismo la consideración puesta en juego por Tierno Galván como pre-fascista.

Fruto de una primera lectura apresurada, esta nota sólo puede poner de relieve la importancia de la nueva aportación de Tuñón de Lara. Una observación última referente a la edición de *La España del siglo XX* por Laia: Las modificaciones son mínimas respecto a los textos publicados en Francia, y el «limado» —visible, porque falta, por ejemplo, la frase final— sólo es sensible cuantitativamente en el capítulo sobre la represión de los dos bandos en guerra. El contenido de las ediciones originales permanece, pues, sin mutilación, debiéndose, en cambio, reseñar la insuficiente calidad de las reproducciones gráficas, a veces ilegibles, que, a su vez, contrasta con el acierto formal de esta edición popular. ■ ANTONIO ELORZA.

### Para una historia del capitalismo español

A mediados de 1973, la Confederación Española de Cajas de Ahorros editó la obra *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920* (1), que tiene su origen en las tesis doctorales presentadas por los profesores Santiago Roldán y José Luis García Delgado.

No es éste el momento de resaltar la importancia de esta investigación, en cuanto supone una aportación fundamental al conocimien-

(1) Madrid, 1973. Dos volúmenes de 582 y 538 páginas, respectivamente.

to de un período, reducido temporalmente, pero de una gran trascendencia para la posterior evolución del capitalismo español (2).

El único objetivo de esta breve nota es dar noticia de la aparición de una edición de bolsillo de la citada obra bajo el título *La consolidación del capitalismo español, 1914-1920* (3). Nos parece un acierto la idea de hacer accesible el libro a un sector más amplio de público, ya que las características de la edición anterior —principalmente su elevado precio— restringían sus posibles lectores al reducido círculo de los especialistas.

Esta nueva edición constituye una versión reducida de la anterior. Se ha prescindido por completo del capítulo dedicado al análisis de los cambios demográficos generados por la primera guerra mundial y de gran parte del referente a la acentuación de la política económica nacionalista. Además, el texto de los restantes capítulos se ha aligerado en lo posible de cuadros estadísticos que no se consideraban totalmente indispensables.

Por otra parte, se han suprimido totalmente los nueve Apéndices que figuraban en la primitiva edición, por estimar que, debido al carácter de su contenido —enumeración de disposiciones legales sobre distintos aspectos de la política económica, documentos sobre el II Congreso de Economía Nacional y la

(2) Ante todo, queremos destacar el amplio comentario de Antonio Elorza, aparecido en las páginas de TRIUNFO, con el título *El capitalismo vasco en la primera guerra mundial*, número 584, 8 de diciembre de 1974, páginas 40-43. Entre las reseñas publicadas en revistas especializadas, pueden citarse las de Juan B. Palacios en la «Revista Española de Economía», enero-abril 1974 (páginas 394-397), y de Luis Martín Artiles en «Hacienda Pública Española», número 27, 1974 (páginas 230-232).

(3) Confederación Española de Cajas de Ahorros. Madrid, 1974. Dos volúmenes de 365 y 311 páginas.

Asamblea de Ferrocarriles, etcétera—, tenían un interés secundario para un público menos especializado. Igualmente, se ha excluido toda la tercera parte de la obra, que ofrecía abundante información estadística sobre la estructura industrial y la concentración de poder económico en España al comienzo de la década de los años veinte.

En cambio, figura en esta edición un Epílogo que no existía anteriormente, y en el que se presentan las conclusiones más importantes que se derivan del análisis, tanto a nivel global como sectorial, de la economía española durante el período que transcurre entre 1914 y 1920. ■ PATRICIO G. HERRANZ.

### ¡Los analíticos, madre!

Preveo a mi convulso lector al borde del pasmo vaporoso: «¡Y dale con los analíticos! ¿Pero qué le habrán hecho a este hombre? ¿Y qué culpa tengo yo de que exista semejante grey, para que me impongan el castigo impreso de leer cada dos semanas un artículo sobre ellos?», etcétera. Me deshago en excusas, pero es más fuerte que yo. En cuanto los analíticos publican algo, me siento arrastrado hacia ello, como los tiburones nadan a por la ballena muerta. Es mi «carneza», como dice Muguerza. Debe ser algo psicoanalítico: quizá me atraiga la raíz «anal» de la palabra, vaya usted a saber... Racionalizando mi manía, hay que reconocer que los analíticos están en candelero: por un lado, la publicación de un número de «Revista de Occidente» dedicado a confrontar «Análisis y dialéctica»; por otro, la edición de los dos primeros volúmenes de unas lecturas analíticas (1), que van a abarcar cinco epígrafes, lo que, a dos volúmenes por epígrafe, si se juzga

(1) *La concepción analítica de la filosofía*, varios. Alianza Universidad.

por el primero, darán un total de diez volúmenes. Que una editorial de gran tirada dedique tanto espacio a la divulgación de una corriente filosófica puede ser el reflejo de un gran interés público por el tema, o su causa en los próximos tiempos. En cualquier caso, no parece totalmente desplazado insistir críticamente en algunos supuestos de tal escuela, aunque no sea más que por seguir haciendo de uno mismo en la distribución de roles filosóficos de este país. País.

En lo tocante a las «Lecturas analíticas», sólo hablaré del ensayo introductorio, «Esplendor y miseria de la filosofía analítica», debido a su compilador, el profesor Javier Muguerza. La obra la componen textos clásicos de la filosofía sajona de este siglo, incluyendo autores tan acreditados como Russell, Moore, Schlick, Carnap, Wisdom, Ryle, Strawson..., cuya discusión detallada daría lugar a todo un curso de filosofía contemporánea. Por cierto, cuando hace años formulé mis primeras reservas críticas respecto a los analíticos, se me reprochó meter en un mismo saco a autores perfectamente diversos, como... (aquí, vuelva a leerse la enumeración anterior de nombres); el tiempo, que ni tropieza ni vuelve atrás, ha demostrado que no andaba yo tan obcecado como temió la solicitud de algunos amigos. Echo por delante que el ensayo de Muguerza es una excelente presentación del pensamiento analítico, avisadamente crítica, en la que no se sabe qué admirar más, si la solidez de la información o el ingenio expositivo. Muguerza, para su fortuna y regodeo de los lectores, carece de beatitudes academicistas o de tendencias a cualquier tipo de totalitarismo filosófico (de otro tipo, insulto sería suponerlo), lo que le convierte en una muy atractiva imagen pública del análisis, que dudo, empero, que todos o la mayoría de los ana-